
EL SUEÑO

Ana Victoria Mondada /

Facultad de Filosofía y Letras



Un día se me ocurrió volver a la primera casa donde había vivido. Una fuerza oscura, ineludible me llevaba. Bien sabía yo por qué volvía; bien sabía que podía encontrar o qué no hallar allí. Seguramente nada; seguramente un mundo extraño y perdido en un tiempo sin regreso. Pero me puse en camino, como si al recorrer a pie la distancia que me llevaba a ella fuera acercándome morosamente a "la" casa, "la" familia, "los" amigos. Debía estar en un estado de ánimo especial; quizá alguna noche, contigo a mi lado o sola entre las horas, habría visto pasar algunas sombras sobre el empapelado claro de la pieza; o enredarse a las ramas gruesas y bajas que desde la calle presiden la ventana. Tú nada decías a mi extraño deseo; era mejor no pensar en él, no pensar en nada, y hacerse fuerte y marchar siempre adelante.

Conmigo ibas esa tarde de agosto; el sol disimulaba apenas la frialdad de tu mano (o de la mía). Recordé entonces aquel otro sol que un día había dejado para siempre, el que resquebrajaba la tierra del fondo de mi primera casa, el enemigo de caracoles escondidos entre tallos y hojas de lustrosas calas. Y la cama tibia; y la leche humeante. Un mundo vivo entonces; caliente y vivo. Un mundo que ahora no sabía dónde estaba. Me atrevía a querer buscarlo; me estaba atreviendo a poder desenterrarlo, a poder resucitarlo. No sabía si lograría tocarlo; tampoco si era conveniente que lo hiciera. Lo de ahora era una tierra gigante y negra que a fuerza de tenerla tan cerca día a día, iba conociéndole su piel rajada, sus poros abiertos, sus pulmones manchados. No sabía si había podido acostumbrarme o no a ella. Pero era el presente, era la tierra real. Y si no hacía pie en esa tierra —poco importaba si alegre o resignada o desesperadamente— corría peligro de perecer ahogada. Peligro de aguas muertas o estancadas; o de fondo imprevisible lleno de pozos. Comprendía recién que era necesario aprender a nadar desde temprano, aprender a flotar desde el principio; arriesgarse y largarse de cabeza y zambullir y tirarse a fondo desde el principio, desde temprano.

E hice contigo el camino a aquella casa. La tarde nos iba recibiendo en cada cruce, en cada fachada de color. Aquella calle, mi calle, nunca tuvo árboles pero igual la llenaban hojas amarillas de las calles transversales. Todo seguía igual, todo estaba incambiado (o al menos a mí me lo parecía). La gente pasaba y desaparecía igual que antes, igual que siempre. Sólo que antes parecían todos más viejos, más distantes; ahora parecían tener mi edad, treinta años, cuarenta años, cincuenta años; ya no me parecían tan viejos, no; sin embargo, cosa curiosa, los sentía más cerca de la muerte.

Y junto a ti había salido a buscar inútilmente un tiempo ya lejano, un mundo del que al principio creí tus manos contagiadas, pero cuyo roce frío me daba ahora la verdadera y única respuesta. No, nunca me había engañado, nunca nos engañamos del todo; nos gustan esas viajeras ansias, esos deseos transitando un mundo que sabemos mentiroso. Aventurarnos, adueñarnos, poseer ese mundo es otra manera de soñar. No podía decir que quería huir de ti ya ves, te iba tomando de la mano, te guiaba, te llevaba junto a mí pero algo me empujaba hacia aquel encuentro inexplicable donde sabía de antemano que nada iba a hallar. Pero eran mi calle, mi casa, mi lecho, mis armarios. Ellos me habían dado calor, quizá un calor transitorio y falso —quizá el tuyo, apenas tibio, apenas entreabierto, fuera el único exacto, dolorosamente definitivo— pero un calor vivido al fin desde mis sueños, desde mi hermosa mañana sin desvelos. No sabía a quién iba a encontrar, no sabía de qué les iba a hablar; tal vez de que esperaba que a las cinco de la tarde la calle se llenara de túnicas blancas y moños y carteras; o de la clínica de verjas grises y del olor de la tintorería vecina; o de la voz del pescador que al sol bajo echaba a andar, o de las campanas de los domingos y de la granja colorada que se veía al pasar por el portón abierto de los Torrado.

Caminábamos en silencio; miraba yo hacia todos lados; mis calles, mi barrio, mi mundo. Ya estábamos definitivamente allí, veníamos como si todas las cosas y los seres de antaño, vanos fantasmas, hubieran de salir a abrirnos la puerta, a recibirnos, a abrazarnos y rozar carne con carne. Éste era mi mundo; y también, un poco, el tuyo; es decir, el que creí que pudiera ser "nuestro" mundo. Por eso hallé tan natural que no te enojaras cuando te dije de retornar a él. No te había abandonado, tampoco quería huir de ti —conmigo estabas allí— pero a veces te sentía como un extraño, como un intruso a mi lado. Entre los árboles de la quinta tu sombra no concordaba con ninguno de ellos; ni con las uvas del patio; ni con el color de las losas del zaguán. Te acomodabas, en cambio, a mis mañanas apuradas, al almuerzo solitario, al trajinar entre papeles y autos y oficinas. Aunque siempre te sueño junto a aquellas uvas, y a mis zapatos de punta redonda, y a las cortinas bordadas. En mis sueños nada puede transfigurarte porque aún sin nombre y sin ningún rostro todavía, desde allí había comenzado a quererte.

Allí seguía estando la escuela; por las puertas y ventanas abiertas como abiertos brazos, el aire salía impregnado de un olor especial. Recordé el agua que allí bebía: más transparente, más abundante, más delicioso su frío. Reconocería cada banco, cada lámina, cada madera del piso. Y la primera amiga; y el primer miedo; y la primera carta que escribí.

Y seguíamos andando calle arriba. Tú nada decías; tú siempre en silencio. El tiempo parecía cubrirnos con inexplicables vergüenzas o rencores y también que esparciera las hojas amarillas, cuidadosa, obstinadamente a nuestros pies. Juntos, antes, las habíamos visto caer en muchos días de otoño sobre los bancos del parque. En aquellas tardes, pequeñas palabras cálidas llenaban las horas, cuando el tiempo no era todavía esta mano aleve y fría que ahora se acercaba como una enemiga. Todo entonces era claro, blando, suave sobre los troncos y las ramas. No había mañanas grises ni velos húmedos. Sólo se oían las campanas de la iglesia cercana, la banda de música en la plaza dominguera, la voz del afilador, el canto de los grillos en las noches veraniegas. Las palabras de mi madre apenas si las recuerdo; sólo sé que eran dulces y que arropaban, tocaban, protegían con su tranquila presencia como de lana tibia. Tibia como vientre de mujer o como cabeza de recién nacido. Yo, de pronto, sonreía, O besaba el aire, la almohada, una carta; morosa, despaciosa, silenciosamente, no con la violencia que luego puse cuando llegaste tú.

A nuestro lado han pasado algunos desconocidos que nos han mirado rápidamente, más allá mujeres con tapados descoloridos nos seguían con mirada curiosa, niños con caras rojas y brillantes pasaban corriendo, riendo, gritando como si no existiéramos. Y allí, allí, la casa. Frente a ella sentía ahora una mezcla de deseo y temor, especie de ansia por tocarla, abrirla,



penetrar en ella, y al mismo tiempo impulsos de quedarme quieta, sorbiéndola con los ojos, contemplándola durante horas. Miedo a sus paredes opacas, protectoras; miedo a su puerta cerrada, sellada, misteriosa. Pero ya estaba yo alargando mis manos para recuperar sus calas, sus caracoles, su hamaca del primer patio. Y estas manos mías, tan fuertes antes, tan confiadas, tan serenas, temblaban ahora, se estremecían, daban lástima de tan débiles por querer alcanzar y tocar los finísimos hilos, las finísimas telarañas acumuladas en el ángulo derecho, junto al llamador de bronce de la puerta. Era como si ellas y yo quisiéramos asir y retener algo, un algo invisible, un algo sin cuerpo. Creo que las mujeres de tapados raídos se daban vuelta para vernos, y más desconocidos seguían pasando, y otros niños también nos ignoraban, pero yo empecé a oír de nuevo las campanas de la iglesia, y la banda de música, y la voz del pescador; y veía las flores amarillas de la retama del fondo, veía las fotos del abuelo, sentía el olor a limpio de la ropa de cama. No había niebla, ni frío, ni nada apenas tibio; un sol ardiente y vivo resquebrajaba los terrones del fondo.

De pronto cesaron las campanas, palidieron las flores, desapareció el abuelo: era que tú estabas quieto, sordo, cerrado a mi mundo; era que tú no extendías tus manos para tocar aquello, tus manos fuertes como eran antes las mías, tus manos firmes, tus manos doloridas de otros dolores, pobladas de otros dolores que no eran los míos ni los nuestros. Mi mundo. Y ahora que lo tocaba, ahora que era mío, ahora que de nuevo lo había aprisionado, tu silencio, tu ausencia me había interrumpido. Mírame —te dije— mira cómo suenan mis pasos en las losas del zaguán, mira cómo levanto las sutiles cortinas del comedor, cómo llega el olor de los naranjos del jardín, cómo . . . Pero tú nada veías, y yo casi no te veía a ti. Había bajado una niebla espesa. Comencé a sentir frío. Se escapaban las retamas, los soles vivos huían. Mejor irnos, pensé. Mejor dejar quietas ya las manos que palpaban imágenes inútiles. Te buscaba mi lado y “déjame” —quería decirte— déjame que atraiga hacia nosotros el rojo sol de antaño, el sol de lejanas tardes de otoño pasadas junto a los bancos del parque, cuando pequeñas palabras cálidas llenaban las horas, cuando el tiempo . . . el tiempo . . . Pero tú ya no estabas allí, te habías ido, habías desaparecido sorpresivamente. ¿Pero cómo? ¿Dónde estaban ahora tus manos? ¿Dónde estaba tu amor, tu desamor, tus caricias, tus rechazos? Te habías desvanecido como un sueño, como algo que hubiese perdido en ese exacto momento. Sólo me quedaba ahora pensar que no, que te había tenido, que mi boca había esperado tu boca, que mi cuerpo había esperado tu espada que hiciera saltar de mí otros lechos tibios, otras uvas del patio, otras hamacas, otros pasos que luego volvieran a una casa en busca de lejanas voces y armarios y cortinas. Y no encontraran nada, nada. Todo arrasado, todo perdido en un tiempo sin orillas.